

LA CAIDA DE LOS IDOLOS

E S difícil gobernar un país providencialista, triunfalista y teocrático. En el momento en que los acontecimientos se despegan de lo ideal, la sensación de frustración es inmensa. Israel es el país en el que esas tres condiciones míticas se han llevado al extremo del modelo. Unas concomitancias históricas y unas fuerzas exteriores más astutas que místicas o que justicieras vienen ayudando desde hace años a su construcción; su papel en el oriente árabe es más de calculado «balance of powers» que de fruto del destino.

Han bastado seis meses de malestar para que se produzca la gran frustración, y lo que en otros estados se resuelve con una crisis de gobierno, en Israel produce una crisis nacional, la caída de los ídolos y el final de una época. Y para que los apocalípticos puedan decir que ha empezado el principio del fin de la existencia de Israel. Lo cual no está concorde con la realidad. La caída de Golda Meir y de Dayan como personificadores de una época de providencialismo y de triunfalismo inicia solamente el principio de otra; por el momento, el de unos tiempos difíciles y turbios.

Reveses militares

Los reveses militares de octubre fueron y son mucho más importantes desde un punto de vista moral que práctico. Israel perdió el sentido de la invulnerabilidad. Y toda la política nacional e internacional estaba construida sobre ese sentido. Inmediatamente, el personaje que había sido considerado como el hombre del destino, glorificado en vida —y no solamente en su país, sino en un mundo que todavía tiene la nostalgia de los grandes héroes guerreros—, pasó a ser acusado. Por su propio partido y por los ajenos; por la derecha, que le acusaba de ser negligente en la defensa; por la izquierda, para la que tenía madera de dictador y para la que él, y Golda Meir, había perdido todas las ocasiones de una paz justa. El origen de la crisis es el juicio a Dayan y a los altos jefes militares que perdieron las batallas de octubre; su profundidad está en la situación política internacional de Israel. Por encima de un importante material militar y de unas vidas humanas está el resultado de esa batalla.

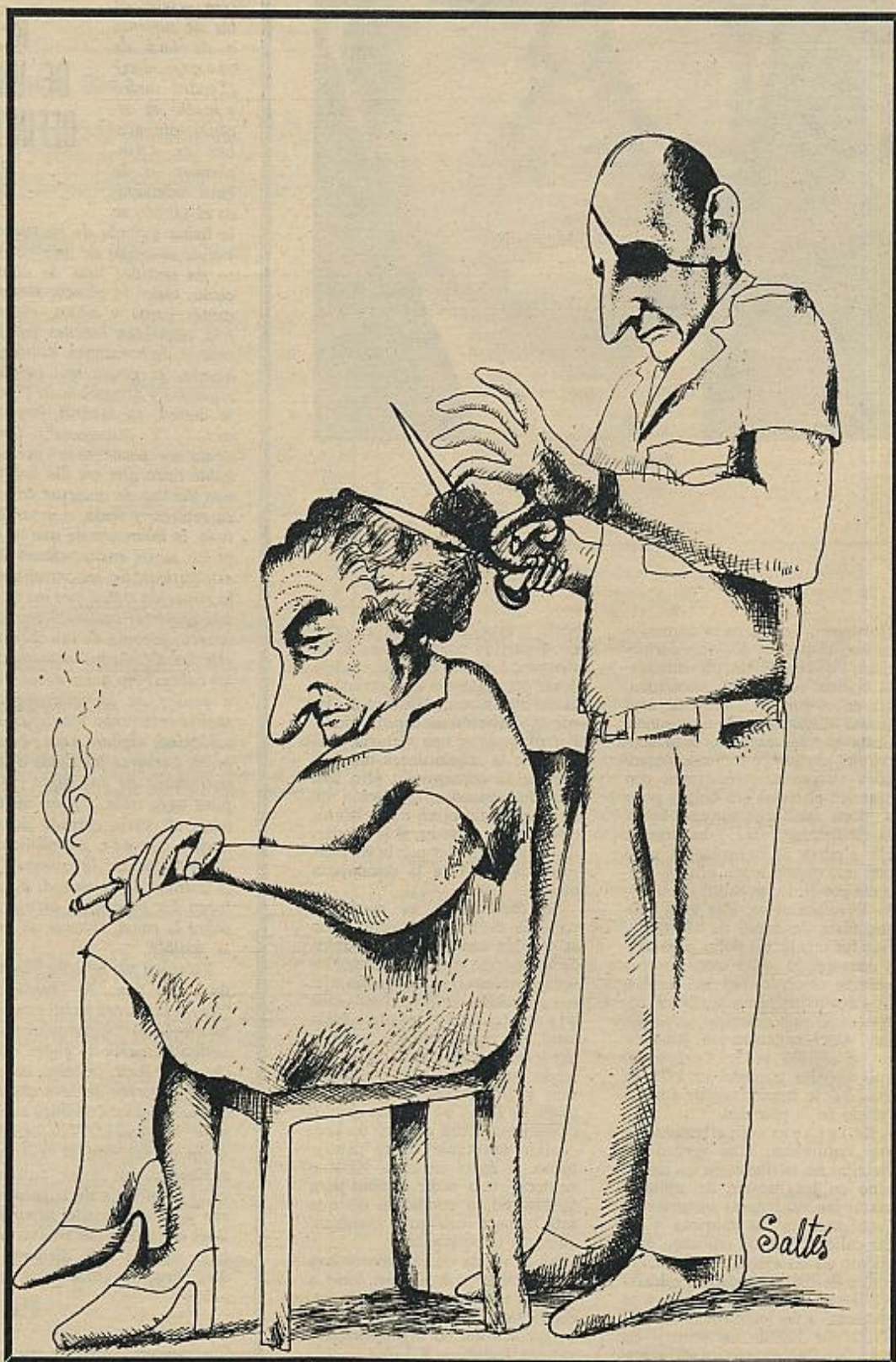
La presión de Washington para que negocie, como una pieza más de su estrategia de reconciliación; el abandono decidido de Europa, la ruptura de relaciones de los países africanos, la nueva irradiación política y económica de los árabes

—permitida y fomentada por los Estados Unidos, también como una pieza de su tablero internacional—, y un fenómeno con el que, hace unos meses, pocos contaban: la

capacidad de supervivencia de los palestinos y de todas las formas, desde las más brutales hasta las más diplomáticas, que éstos tienen de dar señales de vida y de

plantear incesantemente que su problema es básico.

El suceso del 10 de abril tiene un carácter simbólico para un pueblo que vive de símbolos. El 10 de





La ex primer ministro Golda Meir, después de haber presentado oficialmente su dimisión al presidente de Israel Efraim Katzir.

abril del año pasado, los comandos de Israel pudieron dar un golpe de mano sensacional en el interior de Beirut; el 10 de abril de este año, para conmemorar la fecha, un comando palestino ha dado un golpe de mano en el interior de Israel. Con toda lógica, este suceso no supone un cambio de tornas. Pero puede parecerlo. Puede parecer que el camino recorrido en este año es el de la derrota, y que puede no tener fin.

La dimisión de Golda Meir

Ha coincidido con la dimisión —irrevocable, dice ella— de Golda Meir. Se dice cansada, fatigada, destrozada. Debe estarlo. A los setenta y seis años no es fácil soportar una tensión continua de vida o muerte. No es posible, sin embargo, atenerse solamente, como ella pretende, a razones personales. La mecánica de la crisis es otra.

Durante estos seis meses se ha prolongado o aplazado la caída de Dayan. La Comisión Agranat —el presidente del Supremo, dos magistrados y dos generales— han encontrado errores graves en la defensa; no sólo en Dayan, sino en otros altos jefes militares. El general Sharon, desde la extrema derecha, fulmina contra Dayan. Otros héroes han surgido: Bar Lev, Yariv, el ya clásico Rabin...

Pero Dayan ha resistido todos los ataques y, simplemente, se ha

negado a dimitir. El parlamento hubiese querido forzarle; la constitución sólo permite derribar al gobierno entero, pero no a un ministro. Derribar al gobierno entero en el parlamento suponía una acción desgarradora en el propio partido gobernante, el laborista. Golda Meir ha querido evitarlo adelantando su propia dimisión por motivos personales (la edad, el cansancio). No lo ha evitado del todo. El partido laborista es una fusión de tres antiguos partidos que fueron enemigos, y que vuelven a serlo a la hora del malestar. Dayan representaría el grupo de la derecha, Golda Meir el del centro (un centro que, a ojos europeos, es una derecha muy cerrada), Aklon —vicepresidente— la izquierda. Se acusan ahora mutuamente. Y se suman otros dos partidos menores, los que formaban con el mal unido laborista la coalición gubernamental, y ahora forman parte de las quejas, los reproches, los sálvese quien pueda.

La situación que trató de consolidarse con las elecciones de 31 de diciembre (1) sólo ha durado un par de meses. La perspectiva, ahora, es un gobierno provisional —se habla de una «coalición nacional»— que disuelva el parlamento y convoque otras elecciones generales (se dice que en un plazo de diez semanas) de las que puedan surgir nombres nuevos, ideas nuevas.

(1) Véase «Israel tras las elecciones», por J. A. TRIUNFO, número 589.

Difíciles circunstancias

Solamente que ese resultado forma parte de una nueva idealización de las circunstancias. No hay ninguna razón para suponer que el mismo electorado vote de una manera distinta a los mismos partidos, si lo hace con el mismo sistema electoral. Puede haber un cambio importante, en dos sentidos contradictorios: que el actual partido laborista se disuelva definitivamente y reaparezcan sus tres formaciones básicas como independientes, o que por el contrario se una con bases más democráticas.



Yitahak Rabin, antiguo embajador de Israel en los Estados Unidos, de según algunas encuestas podría ser el nuevo primer ministro.

Hasta ahora, los laboristas presentaban a las elecciones una lista única de sus candidatos, designados por la directiva, según sus propias dosificaciones. (Una de las razones del estallido actual es que los jóvenes políticos no aparecían nunca en esas listas si no hacían acto de sometimiento a Golda Meir y a Dayan.) Podría ahora dejar a sus miembros en libertad de presentarse, y salvar así «in extremis» la unidad teórica.

Pero el problema va más allá. El problema es que las circunstancias del país siguen siendo difíciles: con una guerra que no cesa en las alturas del Golán, con unos guerrilleros palestinos que se verán ahora inclinados a multiplicar sus acciones, con una tregua provisional en la frontera con Egipto y con

unas negociaciones vitales en Ginebra.

¿Puede soportar el país una larga crisis de profundidad mientras todas estas circunstancias no sólo no dejan de presionar, sino que se recrudecen y se aprovechan? Este tipo de reflexión es el que puede hacer pensar que algunas personas de la extrema derecha, algunos jefes del ejército —el general Sharon reúne las dos condiciones— comiencen a pensar que la corriente de acusaciones puede invertirse, y que sea el poder civil —el régimen parlamentario, por poca fuerza que tenga, y la oposición pacifista y pactante, por dominada y con poca voz que esté— quien represente el espíritu de la derrota.

Una toma militar del poder tendría en Israel un sentido distinto al que tiene en otros países democráticos: primero, porque su democracia ha sido siempre muy relativa; segundo, porque es un país donde todos —hombres, mujeres y niños— están en realidad militarizados, y no les cuesta demasiado trabajo saltar de una mentalidad civil a una mentalidad militar.

Por esa razón, en algunos grupos políticos árabes hay menos satisfacción de la que sería de esperar ante el desastre político de su enemigo, y ante la desaparición de las dos figuras más odiadas del mundo islámico, Dayan y Golda Meir. Habría incluso una corriente de moderación que incitaría a no moverse, a no ejercer ninguna clase de presión, hasta que Israel estabilice su política. Corriente no compartida por los palestinos y por los grupos más combativos, que siempre han preferido llevar al extremo —y el extremo es la guerra abierta— la situación.

La alternativa que presenta esa solución es la de un acondicionamiento del país, de toda su política, a las circunstancias reales exteriores e interiores. Es decir, la sustitución de la tensión continua y de un espíritu de guerra difícil de soportar por una paz justa, un cese en el deseo de expansión y un reconocimiento de los derechos de los otros. Lo cual requeriría abandonar una larga preparación psicológica (que es, precisamente, la que ha conducido a esta frustración) y relegar para mejor ocasión las ideas de «pueblo elegido» y «tierra de promisión». El pueblo judío ha sabido llevar con heroísmo sus dolores y sus persecuciones durante milenios. Pero precisamente el estado de Israel suponía para ellos el final de la resignación y el principio de la gran era. La idea de que Israel puede no ser más que un estado entre los estados, una pequeña nación situada en una cornisa mediterránea, no les va a ser fácil de adoptar. Tendrán que pasar muchos años de crisis y de inestabilidad hasta que lo comprendan. ■ E. H. T.